

ARQUITECTOS ESPAÑOLES EN EL RÍO DE LA PLATA DE 1800 A 1930

por Ramón Gutiérrez y Patricia Méndez

La vertiente española en la arquitectura posee la peculiar circunstancia que le dio origen, desde la Conquista en el siglo XVI, pasando por la estructuración territorial y la transferencia de ideas hasta los programas de producción europeos instalados en América. Ellos, articulados de diversa manera y variada fortuna con los modos de vida de los pobladores indígenas, dieron lugar a un proceso de clara “mestización cultural” que fue definiendo los perfiles arquitectónicos y urbanos de nuestras ciudades hasta comienzos del siglo XIX.

El arranque del XIX significó en estas tierras una doble cisura con las tradiciones, negando primero, con el Despotismo Ilustrado, las propias expresiones criollas del barroco y, luego de la Independencia, ocultando globalmente a todo lo que expresara la cultura española. Surgió así la apuesta por convertir al Río de la Plata en un enclave *europeo* de las nuevas potencias centrales, dinámicas prestamistas económicas y culturales. Así, en un sintético recorrido por la producción hispánica en estas latitudes, encontramos que en junio de 1810 fallecía en Montevideo el arquitecto Tomás Toribio, el único graduado en la Real Academia de San Fernando de Madrid que llegó hasta los confines del sur del imperio español. Probablemente, Toribio entrevió la génesis de la Independencia originada en Buenos Aires en las jornadas de mayo. De alguna manera su soledad

testimonió, por otra parte, el fracaso de la política borbónica de la Ilustración ya que la Academia se había convertido en una efectiva “máquina de impedir” pues, desde mediados del siglo XVIII, ningún proyecto enviado desde América fue aprobado por ella, como tampoco ninguno remitido desde España fue construido, si bien en Buenos Aires existió la voluntad de llevar adelante un diseño de López Aguado para el Corral de Comedias. Aquellas resoluciones voluntaristas que indicaban la necesidad de contar con un arquitecto académico en las ciudades de más de dos mil habitantes eran letra muerta en España y, por supuesto, en América. La realidad americana estaba signada fundamentalmente por el trabajo de los maestros de obras y en las obras públicas por la creciente participación de los ingenieros militares, sobre todo en las ciudades portuarias. Aún en los comienzos del Virreinato del Río de la Plata, Vértiz censaba a los artesanos agremiados en las corporaciones de los diversos oficios, demostrando así la vigencia que tenían estas instituciones en el contexto de la realidad americana. El Despotismo Ilustrado no tardaría luego en extinguir los gremios para concentrar el poder en una lejana y endogámica institución, como bien denunciaba Francisco Goya hacia 1792. El triunfo frente a los ingleses que intentaron apoderarse de Buenos Aires y de Montevideo luego de la derrota española



Cine La Armonía, sede Almagro.
Arq. Julián García Núñez.
Autor fotográfico de archivo: José Pleuriot.

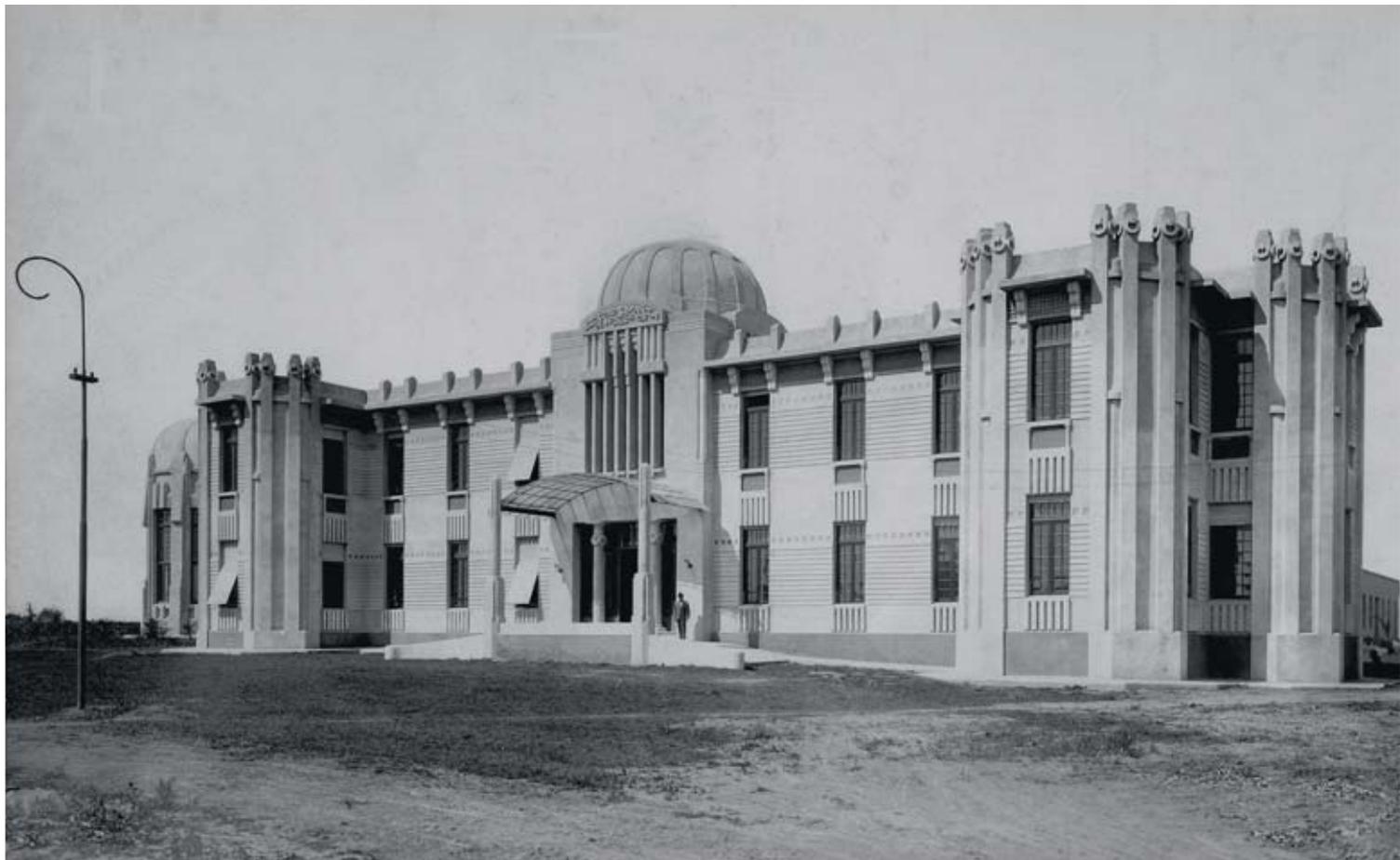
en Trafalgar, marcó un momento donde la autoestima rioplatense preanunciaba –luego de la invasión napoleónica a España– los primeros gestos de independencia. Bien es cierto que la dualidad del Buenos Aires patriota y del Montevideo realista duró casi un lustro, pero marcó también una vocación creciente de reorganización de ambas sociedades que, durante varias décadas, sufrieron las consecuencias de las guerras de la independencia y los posteriores conflictos civiles.

Los ingenieros militares tomaron en general partido por el bando realista y algunos de ellos, como José del Pozo y Marquy, seguiría conspirando contra los patriotas hasta su fallecimiento en Montevideo en 1832. Otros, como Bernardo Lecocq, se resguardaron en el silencio o colaboraron tímidamente, mientras que José María Cabrer se insertó en las nuevas estructuras de la administración bonaerense junto a otros españoles, como José María Romero, graduado como ingeniero militar en la Academia de Zamora (1812) y que arribó al Río de la Plata en 1815 para trabajar en el Departamento de Ingenieros Arquitectos.

El conflicto ideológico planteado por la Independencia y el resquemor frente al pasado español, marcó una cisura en la primera mitad del siglo XIX. Los criollos e “ilustrados” locales apostaron a la importación de técnicos italianos,

franceses e ingleses que habrían de encarar las obras públicas de las nuevas naciones.

De este modo, los franceses Boudier, Catelin y Benoit, los italianos Zucchi y Caccianiga y el inglés James Bevans se ocuparon en esos años de la creciente solicitud institucional, en tanto que en la práctica cotidiana los antiguos maestros de obras cubrían todavía las demandas del vecindario. Boudier en 1817 reiteraba el conflicto entre el barroco popular y el neoclasicismo, incorporándole una connotación ideológica antihispánica; al informar sobre los pórticos de la recova lateral de la Plaza Mayor de Buenos Aires, indicaba que *“cuando las instituciones del país tienen tendencia a borrar los últimos rastros del vasallaje español, los edificios públicos deben manifestar otro estilo que el de los godos, porque como monumentos han de llevar el tipo de ánimo público en el tiempo adonde son edificados, esto no es el dictamen del buen gusto que puede errar, pero si bien de las conveniencias que suelen ser más acertadas”*. La cínica y pragmática propuesta evidenciaba el poco espacio existente para las manifestaciones hispánicas. El más destacado de los arquitectos españoles entre los que actuaron en la primera mitad del siglo XIX fue Felipe Senillosa, quien se había formado en la Academia de Ingenieros Militares de Alcalá de Henares, actuó también bajo las banderas napoleónicas como un “afrancesado” y arribó al Río de la Plata



Hospital Español de Buenos Aires. Arq. Julián García Núñez.
Autor fotográfico de archivo: José Pleuriot.

en 1815. La obra de Senillosa, ya sea en sus templos o residencias, muestra la persistencia de los lineamientos clasicistas si bien abrevó en fuentes italianas y sirvió de transición a las obras de los últimos constructores coloniales frente a la apertura planteada por las novedades historicistas neogriegas o neogoticistas de los ingleses como Richard Adams o Henry Hunt.

Las nuevas presencias españolas confluyeron con las facetas agónicas del academicismo, fundamentalmente cuando la apertura de las compuertas hacia el eclecticismo diluyó la operatividad de las normas y de las reglas de la composición arquitectónica. Fue ésta la avanzada del historicismo al pintoresquismo que signó así varias decenas de años, desde el último tercio del XIX al primero del siglo XX.

Quizás la figura más connotada de esta euforia historicista fue el catalán José Soler, actuante en Rosario, donde recurrió a las modalidades del “neomudejarismo” en sus vertientes “alambristas”, como testimonian los vestigios del antiguo hotel Central –hoy hotel Imperial– y la quinta de Agustín Mazza. Esta última, realizada en el barrio de Sorrento, fue construida en madera y configuró un espacio lúdico en el que persiste esta curiosa atracción por lo “neoárabe” que podemos encontrar en ejemplos aislados rioplatenses como las “Casas de Baños” en Buenos Aires. En realidad, el “neoarabismo” no era otra cosa que la expresión singular de la arquitectura española en el

concierto arquitectónico del historicismo europeo y, desde el propio país ibérico, se recurrió a él al aplicarlo en los distintos Pabellones de diversas Exposiciones Internacionales.

También en Rosario, el empresario de la construcción Juan Canals marcó una etapa en las obras públicas de la ciudad. Su propia casa muestra la ductilidad para adaptarse a las vertientes predominantes del clasicismo italianizante. Y, en esta línea, también podríamos recordar la obra del catalán Pedro Coll, en la región de Cafayate (Salta) a fines del XIX.

Mucho más apegados a los renglones más tradicionales del academicismo francés, cabe recordar las obras de Emilio Boix y Merino, cuya huella en Madrid puede verse en el Palacio de la Exposición Nacional (hoy Museo de Ciencias Naturales), donde acompañó a Fernando de la Torriente en la dirección de las obras y continuó en la conducción de ellas a partir de 1886. Allí también actuaría, al siguiente año, junto a Ruiz de Salces en la construcción del edificio de la Biblioteca Nacional. Radicado en Montevideo, luego de una breve estadía en Buenos Aires en 1892, Boix recurrió al “neoarabismo” en el pabellón de *kermesse* levantado en la Plaza Mayor (1896); con él mostró la apertura hacia los gestos historicistas desde las arquitecturas efímeras, aunque también fueron posturas válidas que adoptaron las casas quinta, como la realizada para Manuel Rubio –hoy demolida– o la de Tomás Eastman ejecutada por Víctor Rabú



Edificio de renta.
Arq. Julián García Núñez. Año: 1912.
Paso 684, esquina Viamonte.
Comitente: Julián García Núñez.
Autor fotográfico de archivo: José Pleuriot.

y que permanece en la avenida Agraciada. Sin embargo, el grueso de la obra de Boix estuvo volcado hacia un repertorio más clásico con aperturas a la modernidad visibles en la utilización de amplios vanos de carpintería metálica, si bien su empaque clasicista pueda verificarse en la fachada del Ateneo, diseñado por el catalán José Claret y el francés Másquelez. La muerte de Boix al caer de un andamio en 1904 nos privó de un arquitecto de fuste con sobradas calidades de constructor que dejó, sin embargo, numerosas residencias en Montevideo. Su hijo Elzeario Boix sería un destacado impulsor de la historia de la arquitectura en el Uruguay y también autor de numerosas obras de filiación historicista y ecléctica.

En la misma línea ecléctica se ubican muchas de las obras tempranas que expresan el accionar de las colectividades regionales españolas: el Centre Catalá de Rosario (1905), el Centro Español de Paraná, que oscila entre el plateresco y el neomudéjar, la Legación Española del catalán José Arnavat y quizás, paradigmáticamente, el Club Español de Buenos Aires, obra del holandés Enrique Folkers que no se priva de integrar el modernismo del *art nouveau* con un sótano “alambrista”. Por su parte, también el ingeniero Villa Abrille, autor de la sede para la Asociación Patriótica Española en Buenos Aires, planteó un complejo programa funcional para el edificio institucional; su presencia simbólica se manifiesta voluptuosamente en la

heráldica hispana que preside el centro de la elevada fachada sobre la calle Bernardo de Irigoyen.

La preocupación social fue un tema que tampoco estuvo ausente en esta migración calificada española: desde la temprana tesis del catalán Raimundo Batlle (1877) sobre *Habitaciones para obreros* hasta el magnífico tratado de Biale Massé sobre la clase obrera en Argentina (1904). En la obra de Batlle sobresalen los diseños de edificios escolares que realizó para el plan de obras de 1886, en tanto que los barrios para obreros realizados por Poblet y Ortúzar y construidos por los empresarios Costa (1909) son tempranas muestras de una temática que recién se perfiló con claridad luego de la creación de la Comisión de Casas Baratas en 1914. En esta Comisión inicialmente jugó un papel relevante el arquitecto Raúl Pasmán, un español que se graduó en Buenos Aires y que tuvo prolongada trayectoria profesional y gremial en la Sociedad Central de Arquitectos. Entre sus obras pueden recordarse los primeros conjuntos de viviendas en los Barrios Cafferata, Alvear y Rawson que, aún hoy, siguen manifestando sus cualidades espaciales.

En el último reflujo del historicismo cobra magnitud la obra del catalán Andrés Millé. Ingeniero graduado en Barcelona, arribó a Buenos Aires en 1910 conformando una gran empresa constructora que realizó, dentro de lineamientos pintoresquistas, decenas de residencias en la zona norte de la provincia



Edificio de renta.
Arq. Julián García Núñez. Año: 1911.
Av. Independencia 2014, esquina Sarandí,
Buenos Aires.
Comitente: Sociedad Española de Beneficencia.
Autor fotográfico de archivo: José Pleuriot.

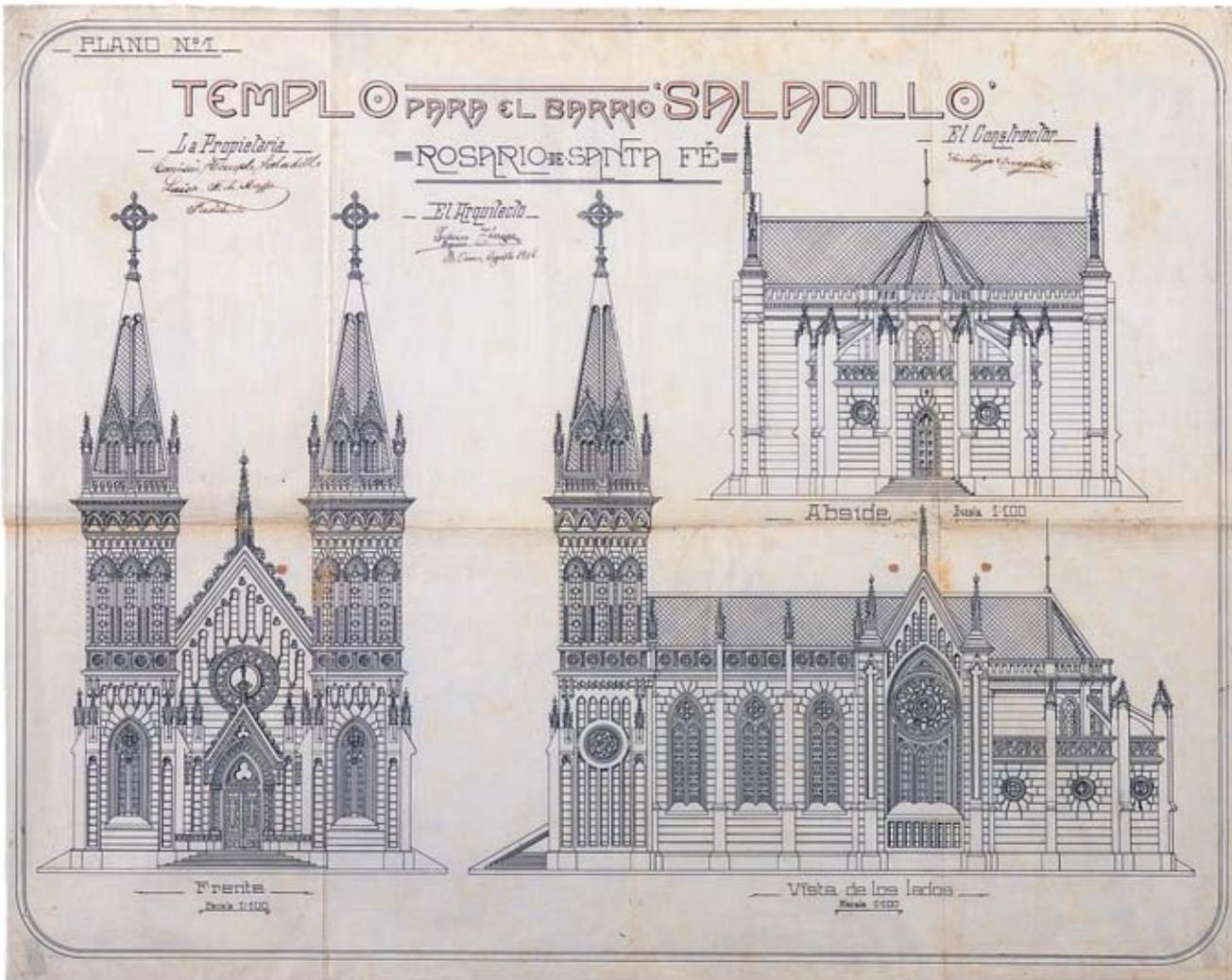
de Buenos Aires. En Martínez, hizo una villa jardín con más de medio centenar de chalés. Su estrecha vinculación con la Iglesia se vislumbra en las construcciones de capillas y colegios religiosos, la restauración de la iglesia del Pilar y numerosos libros sobre las órdenes religiosas.

Una temprana vocación por la restauración fue mostrada por el valenciano Pascual Sanz Barrera, graduado en Barcelona en 1899, autor del estudio histórico y un proyecto de recuperación de la Seo de Urgell, premiado en 1904. Los trabajos de Sanz Barrera fueron también reconocidos en la Exposición del Centenario de 1910, lo cual lo motivó a trasladarse a Buenos Aires donde colaboró con Arturo Prins en el diseño neogótico de la Facultad de Derecho, además de concretar otros edificios propios. También el catalán José Torres Argullol escribió una monografía sobre la Seo de Manresa y fue uno de los protagonistas del Congreso de 1904 de la Asociación de Arquitectos de España, antes de trasladarse a Montevideo y Buenos Aires, donde falleció en 1911.

Dentro del historicismo, cabe mencionar el proyecto neogótico de Puig y Cadafalch para una iglesia en Buenos Aires y también al español Morales de los Ríos, quien envió, desde Río de Janeiro, un curioso proyecto para el Palacio Salvo de Montevideo cuyos originales se conservan en Madrid.

Fueron, sin embargo, Peró y Torres Armengol las figuras más señaladas de la arquitectura ecléctica en Argentina al abarcar

diversas manifestaciones expresivas y, a la vez, cubrir una importante extensión de nuestro territorio con significativas obras públicas. Podemos verificar su amplitud de propuestas en la Jefatura de Policía de Rosario que Manuel Torres Armengol firmó en Mendoza en 1910. De su autoría también son el Cine Gran Splendid de Buenos Aires (hoy Librería el Ateneo), el neorrenacentista diseño del Rectorado de la Universidad del Litoral en Santa Fe y el proyecto –casi neoindigenista– que presentó para el concurso del Faro de Colón en la República Dominicana. Es interesante constatar que, a partir del reencuentro entre España y la Argentina en ocasión del Centenario de 1910, surgieron dos grandes corrientes en la arquitectura hispánica en nuestro país. Por una parte, las manifestaciones de la propia colectividad que se encauzaron tras el modernismo catalán y que el argentino Julián García Núñez, formado en Barcelona, testimonió en sendos Hospitales Españoles de Buenos Aires y Temperley y en el Pabellón español de la Exposición del Centenario. Esta casi idéntica vertiente modernista la llevó adelante en Montevideo el arquitecto Cayetano Buigás y Monravá, en tanto que Francisco Roca y Simó sumó sus obras en Buenos Aires y en Rosario a partir de 1916. Justamente, los trabajos del Club Español, la Sociedad Española de Socorros Mutuos, el Palacio Cabanellas y la confitería La Europea muestran la importancia de esta vertiente arquitectónica del antiacademicismo.



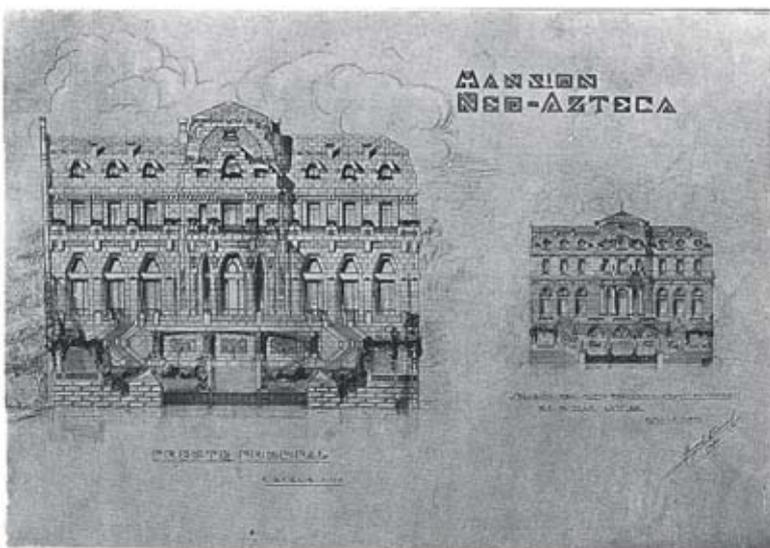
Francisco Tárrega, proyecto para templo en el barrio Saladillo, Rosario, 1915.

La otra corriente confluye con el revisionismo planteado por la crisis de la Primera Guerra Mundial. La mirada hacia América integró a España como parte indisoluble de nuestra historia y abrió las puertas a las propuestas del neohispanismo, el neocolonial y hasta el neoindigenismo. En todas estas tendencias hubo presencias españolas junto a las propias de los argentinos que, como en la producción de Martín Noel y de Ángel Guido, trataron de construir un aparato teórico que sustentara la alternativa de un siglo de eurocentrismo.

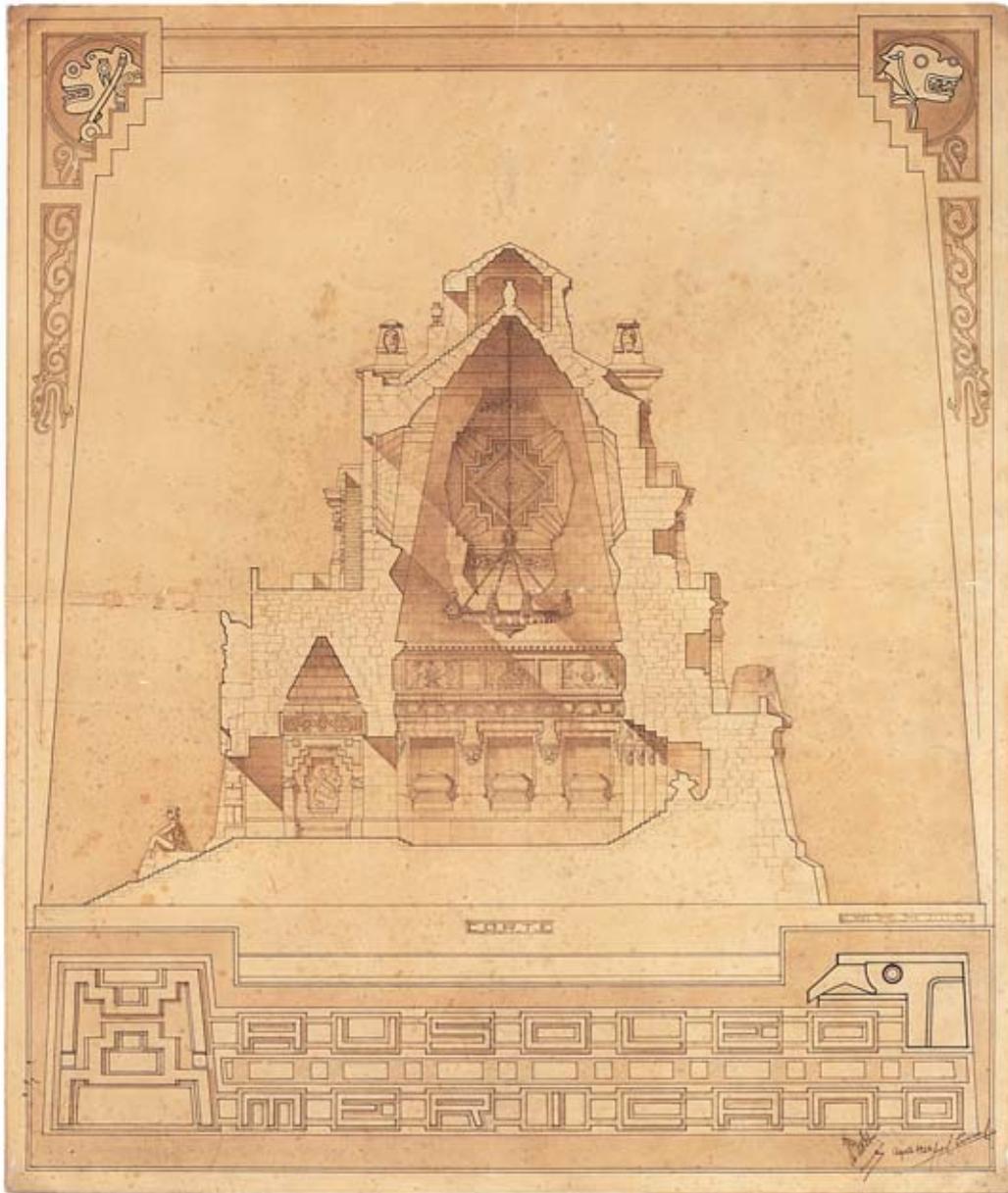
Dentro de estas manifestaciones cabe recordar al andaluz Fernando Aranda con la obra del teatro Cervantes (1922) y que replica en su fachada el diseño renacentista de la Universidad de Alcalá de Henares. También el arquitecto Graña en Tucumán y el aparejador Lecuona de Prat, en Salta, realizaron obras en esta misma línea de filiación hispanista. A la vez, el sevillano Ángel Pascual, de ecléctica tarea, aportó con el argentino Héctor Greslebin un efímero momento neoprehispánico cuando ganaron el Concurso del Salón Nacional de Bellas Artes (1920) presentando un Panteón que mezclaba elementos mayas, aztecas y tiahuanacotas. Pascual recibió simultáneamente y en ese mismo año el Premio de la Sociedad de Arquitectos por un proyecto inenarrable de "Mansión Neoazteca" surgido de un *Petit-Hôtel* afrancesado con inclinación de muros y cargas ornamentales diversas. Pascual hizo posteriormente interesantes obras

racionalistas y *art déco* mostrando solvencia en el manejo de las "arquitecturas paralelas" con diversos lenguajes expresivos. No podríamos soslayar en este panorama la tarea de rescate del patrimonio arquitectónico ejecutada por profesionales hispanos. Aquí cabe mencionar al eximio dibujante Vicente Nadal Mora, quien realizó una extensa e importante tarea desde la Dirección Nacional de Arquitectura acompañando a los arquitectos Buschiazzo y Onetto en la recuperación de diversos conjuntos y quien, además, dejó a la vez un importante compendio de libros con relevamientos y dibujos. Culmina así el período historicista de un largo siglo XIX que abarca desde la creación del Virreinato del Río de la Plata (1776) hasta la crisis económica mundial de 1930. Un siglo de 150 años donde la región ensayó diversos modelos de construcción cultural y donde los millones de inmigrantes españoles vinieron finalmente a consolidar un reencuentro que durante décadas pareció imposible de concretar. En todo caso, en su transcurso, es posible verificar que, más allá de acentos o protagonismos y ya fuese por acción u omisión, la referencia española siempre estuvo presente en la definición de nuestra cultura arquitectónica.

Ramón Gutiérrez y Patricia Méndez son arquitectos, investigadores del CONICET y el CEDODAL.



Ángel Pascual, proyecto "Mansión Neoazteca", 1921.



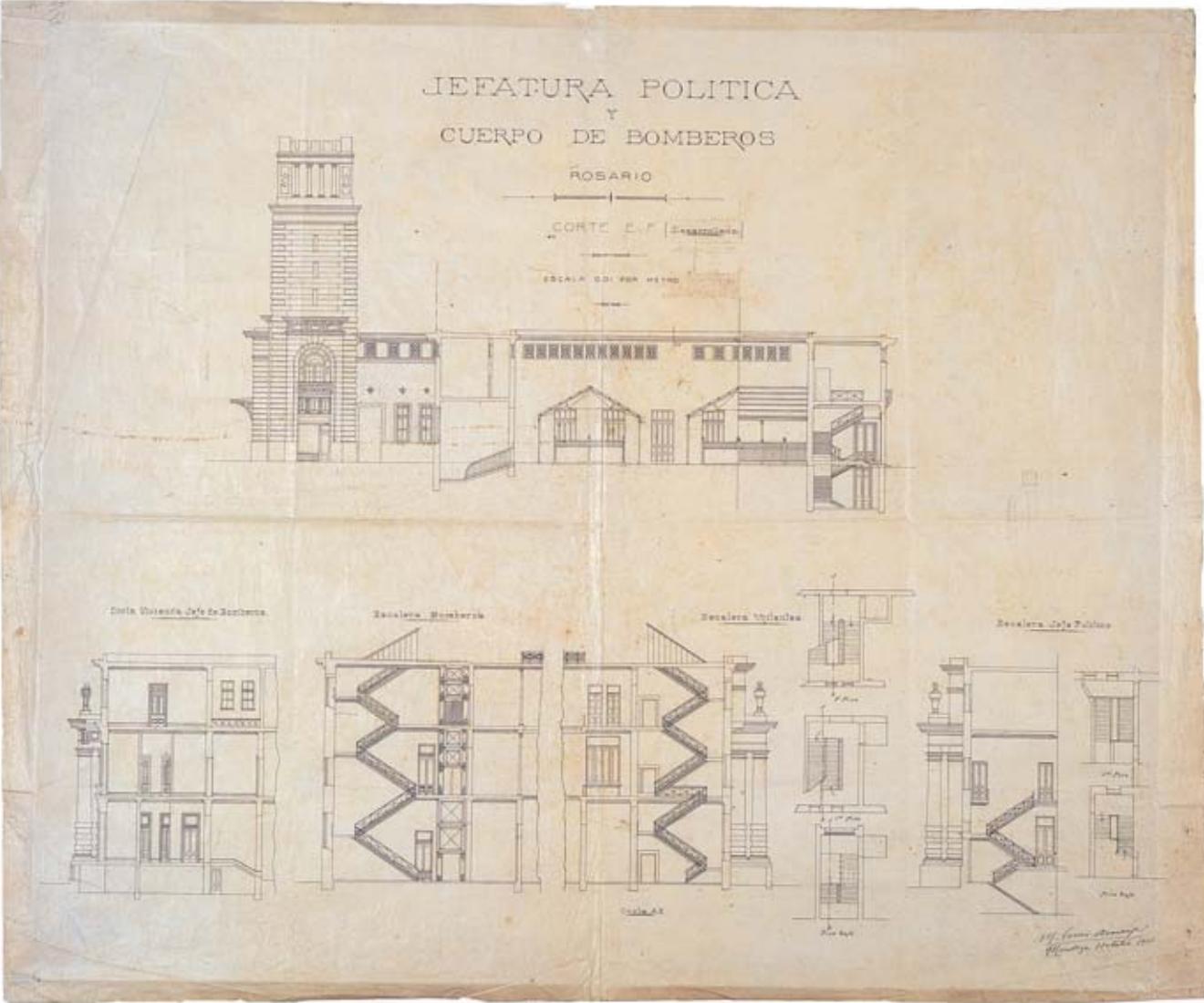
Ángel Pascual y Héctor Greslebin,
proyecto "Mausoleo Americano", 1920.
Primer premio en el Xº Salón Nacional
de Bellas Artes, Buenos Aires.





Adolfo Morales de los Ríos, proyecto para Palacio Salvo, Montevideo, 1922.

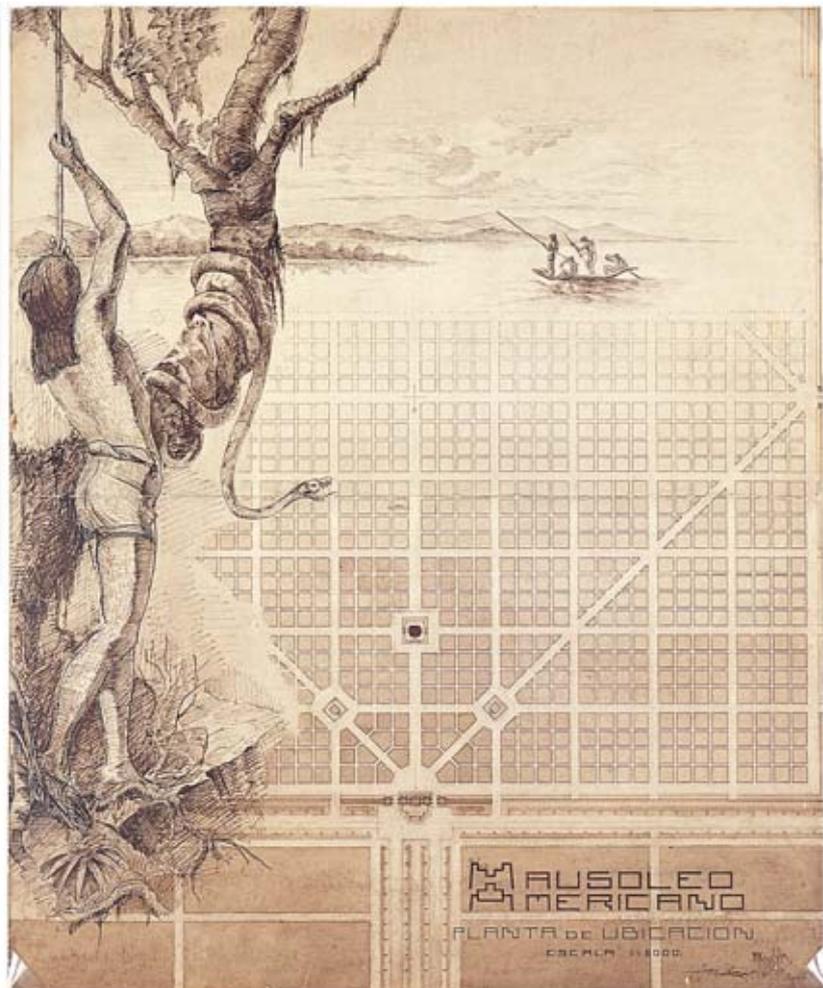
1]

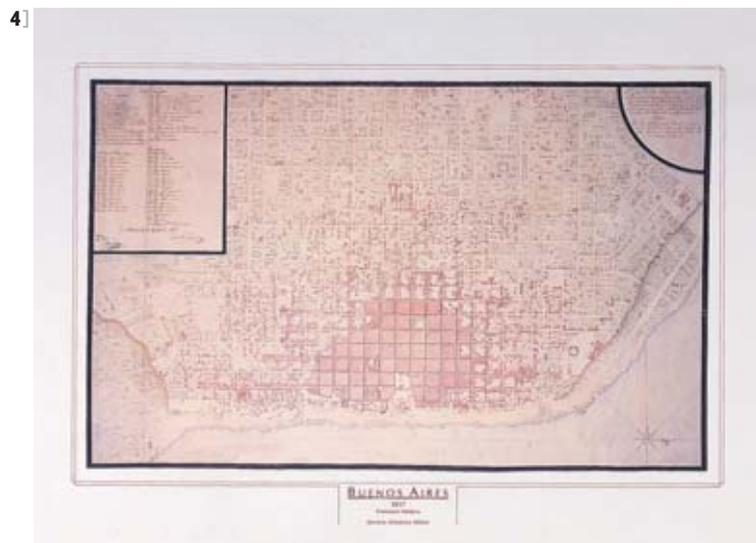
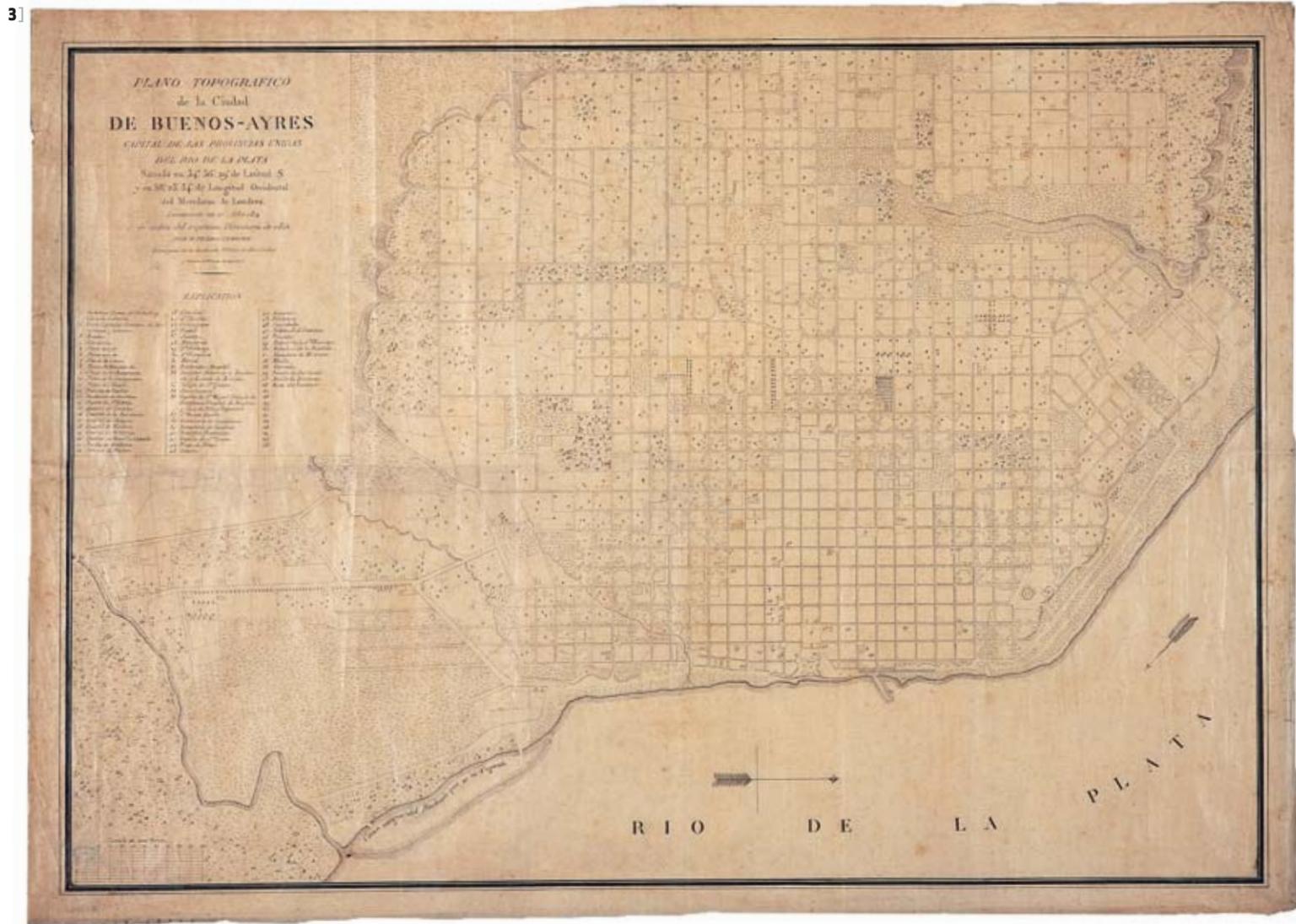


FOTOS: GUSTAVO SOSA PINILLA

1] Manuel Torres Armengol, Jefatura de Policía y Cuerpo de Bomberos, Rosario, 1910.
 2] Ángel Pascual y Héctor Greslebin, proyecto "Mausoleo Americano", 1920. Primer premio en el Xº Sal6n Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires.

2]





3] Pedro Antonio Cerviño Núñez, Ciudad de Buenos Aires, levantamiento topográfico, 1814.

4] Francisco Melero, plano de la ciudad de Buenos Aires, 1817.

5] José del Pozo, plano de la ciudad de Montevideo, 1812.